

El Garbanzo

PERIÓDICO DE PRIMERA NECESIDAD.

Una olla por semana.

Un trimestre en Madrid, 5 rs.—Un trimestre en provincias, 6 rs.; un semestre, 11 rs.—20 rs. al año en toda España.—Extranjero, 8 rs. trimestre, 14 semestre y 26 un año.—Un año en Ultramar, 40 rs.—Un número suelto atrasado, 4 cuartos.—La correspondencia al Director, Mazdalena, 49, principal izquierda.

Una indigestión cada ocho días.

PORVENIR DE ESPAÑA



Biblioteca de Comunicación
i Hemeroteca General

Unos después de otros, todos vendrán poquito á poco.

EN LA TRIBUNA DE SEÑORAS

—Ay, mire V., mire V., cuánta cara nueva! Y qué relucientes y qué lustrosos que vienen todos! ¡Jesús!

—La mayor parte de esos fraques acaban de salir de la tienda, ¿no les parece á Vds.?

—Señora, yo lo diré á V.

—¿Quién será aquél diputado tan chatito y tan feo?

—Es mi esposo, señora.

—¡Ay! Dispense V.: no decía ese; decía el que está al lado suyo, que parece un perro pachón.

—Es mi hermano político, ¿sabe V.? y pachón y todo, pasa por uno de los hombres de más talento de su partido...

—¡Jesús, señora: yo no creí...! (Esta buena señora tiene toda la familia en el Congreso.)

—Ahí está Coronel, estirándose los bigotes.

—¡Ay! ¿Hablará?

—No creo, porque hoy no hablan.

—Hoy no hacen más que escuchar el discurso de Amadeo...

—¡Já, já, já!

—Francamente, no sé de qué se rien Vds.... Yo, vamos, no puedo llamarle el rey, no me hago á llamarle más que Amadeo á secas; como tiene así ese aire de pollo...

—Pues, hija, á mí me parece mucho mejor que otros.

—¡Ya lo creo!

—¿Cómo ya lo creo? ¿Qué quiere V. decir?

—Señora, si tuviera V. la bondad de guardar un poquito de composición...

—De compostura querrá V. decir.

—Yo sé lo que me digo, zéstá V.? porque soy una señora; y Vds., como tienen á sus maridos en la oposición, todo lo encuentran malo. Pues, hija mía, no hay más remedio que tragar libertad, y, como dijo el otro, para rato hay caldo.

—¿De veras?

—Ya lo creo; desde que mandamos *nosotros*, estoy oyendo que esto no dura, y lo que yo le digo á mi Pepe, que ya es diputado por tercera vez: «Lo que es ahora no tendréis vergüenza si os dejais quitar la sartén de la mano.

—¡Pero qué calor hace aquí!

—¿Quién es aquél que se sienta ahora?

—Aquel? Ese es el que se comió la paja de la Sa-
nidad...

—Eso dicen; pero como aquí se miente tanto...

—Allí nos saluda uno.

—Sí, es el marqués de la Salvadera.

—¿De la Salvadera?

—Sí señora, marqués de Casa-Zorro y de la Sal-
vadera.

—Ese título debe ser nuevo.

—No hay mas que oírlo para comprenderlo....
¡já! ¡já!

—Vamos si hay cada marqués!

—Jesús, señoras, y qué *hipo* le tienen Vds. á todo lo de ahora, pues no sé qué tenga de particular; no parece sino que antes no se hacían marqueses y con títulos bien estrambóticos, pues lo que yo le digo á Pepe, yo no sé por qué nosotros no hemos de ser marqueses; él tiene ya dos grandes cruces que nos han costado un dineral, y una encomienda; pero francamente para valer más que ese marqués que acaban Vds. de nombrar, no se necesita gran cosa.

—Pues debían Vds. pedir un marquesado...

—Cosas más difíciles se han conseguido.

—¡Ya lo creo!

—Y yo creo que sabría llevar mejor mi título que otras, porque nosotros siempre hemos estado bien, gracias á Dios, y nos hemos criado como unas reinas, pero amiguita aquí siempre pescan los más *entremetidos*....

—Es verdad; me parece que la saludan á V.

—¡Ay sí! Es mi Pepe.

—¿Es aquél de las botas de charol?

—Sí señora.

—Es muy buen mozo.

—Muchas gracias.

—Y aquél otro, ¿quién es?

—Aquel es un oficial del ministerio.....

—¿Aquel manco?

—Sí, manco, sí. ¡Si viera V. cómo tienen la casa!

Nosotras vivimos en frente, hija, ¡qué manera de traer recado de la tienda! ¡Qué comilitones, qué tener gente por la noche! No lo hacen con veinte ó treinta duros diarios.

—Ya. ¡Y aquel otro?

—Aquel sí que cuando hable ya á armazón jaleo! ¡Qué pico de oro! A mí me le presentó mi marido una tarde que fuimos á la Castellana... ¡Oh, habla muy bien! A mí me puso de guapa....

—Como que lo es V.

—Cosas de los hombres! ¿Pues y escribir? ¡Si viene Vds. cómo escribe! ¡Vaya una letra!

—¡Ah!

—Miren Vds., miren Vds., ya entra el rey.

—A ver.

—A ver.

—¿Quierustedes torcerse un poco?

—Con mucho gusto.

—¿Cuál es?

—Ahora entra.

—¡Qué desmejorado está!

—No señora, si es que se ha quitado la barba.

—Diga V., ay eso se puede hacer?

—¿Por qué no?

—Yo tenía entendido que sin permiso de las Cortes no se podían rapar los reyes.

—Pues puede que tenga V. razon.

—Mi esposo me lo ha dicho.

—Hija, pues no tienen mal trabajo los reyes. Yo no les envído.

—Ni yo; y á este ménos.

—¿Por qué?

—Porque le traen y le llevan de una manera...

—Ya lee.

—¿Oye V.? No se sabe lo que pronuncia.

—¿Ha dicho Jobierno?

—¡Cá!

—¡Que sí señora, que ha dicho Jobierno!

—¿Qué ha de decir? Han dado Vds. en poner defec-
tos á todo lo que dice; Jesús, ya se conoce que no son ustedes de la situación.

—No señora, ni ganas.

—Pues otras ha habido peores.

—Lo dudo.

—Si me hicieran Vds. el favor de callar, podría yo enterarme de lo que dice.

—Yo se lo diré á V. de memoria.

—Pero...

—Mire V., ahora dice que el Papa no le puede ver ni pintado, porque es un judío que ha despojado á la Iglesia.

—¿El? ¡Pues si el *angelico* no se mete en nada!

—Bueno, su padre, es lo mismo.

—¿Qué ha de ser lo mismo?

—El resultado es que estamos muy mal con la corte de Roma, y que sin comerlo ni beberlo...

—Vaya, vaya, señora, más vale callar.

—Ahora habla de lo de Cuba.

—Allí me han matado á mí un sobrino; el pobre me escribió que estaban pasando unos trabajos... y decía que había para un rato.

—¿Pues no oye V. que está leyendo el rey que eso no vale nada?

—Eso se lo habrán puesto ahí para que lo lea.

—Sin duda.

—Comedia con apuntador.

—Mire V. aquél diputado cómo se rie!

—Ya lo creo, aquél ha sacado más dinero...

—Señora, mire V. lo que dice, que aquél diputado es hijo mio!

—Pero, señora, V. es madre de todo el Congreso!

—Usted es la *madre patria*!

—¡Y aunque lo fueras!

—Tengan Vds. la bondad de callar.

—¡Silencio!

—El portero.—Señoras... (A parte.) ¡Ya se sabe, en vi-
niendo alguna situación por aquí, no hay quien las gobierne!

LAS FERIAS!

—Musa de las grandes, ven en mi ayuda!... Ó lo que es lo mismo: aquí te quiero escopeta.

—¿Quién es el ciudadano que se atreve á decir cuatro palabras sobre tan trillado asunto?

Y eso que la cosa se presta, aunque parece milagro que se preste una cosa en los tiempos que corremos.

—Las ferias de Madrid!... ¡Pues es nada lo del ojo! Dígote que es floja la empresa que voy á abordar.

—¡Pero qué diablos! es necesario valor, y como prueba de que no me falta, contémplime dirigiéndome hacia el museo de antigüedades, que queda expuesto en el paseo de Atocha, desde el dia 21 de Setiembre.

Ya se deja escuchar:

«La estupenda gritería,
la confusa algarabía
que en descomunal concierto,» *alto anu*
forman en competencia el vendedor, el comprador y el curioso.

Es decir: tres personas distintas y una sola calamidad verdadera, como diría mi buen amigo Frontaura.

Allí veo una porción de trastos, cerca de los cuales se encuentra D. Cenón, rico propietario, que tiene dos casas en la calle de la Gorguera.

En segundo término hay una colección de retratos antiguos, que segun las caras, debieron ser pintados al fresco (en el mes de Enero.)

Más allá, unos muebles que sirvieron de adorno á un salón... de limpia-botás, observan pacíficamente un eclipse total de luna, en un espejo de cuerpo entero.

En muchos puntos, una porción de soldados... de plomo, que se venden á todo el que quiera comprarlos.

En muchos otros, casacas de todos los colores.

A la derecha veo un puesto de libros viejos.

Leamos algunos títulos, aunque los títulos suelen dar cada petardo que parece un cañonazo.

«Últimas palabras de Martínica, durante el terremoto.»

«Arte de robar al alcance de todos.»

«¡Pataplum! Ó sea el batacazo de los intrusos.»

«Misterios de un palacio, escritos por un alabadero... del Teatro Real.»

Imposible me fuera citar uno por uno los mil objetos que veo hacinados y esparcidos aquí y allá.

Pero contempla, conmigo, aquel caballero que se acerca.

Es un papá, conduciendo de la mano á dos niños de tierna edad.

El papá tiene las narices de este tamaño, y perdoná el modo de señalar.

Según el color de su rostro, debe estar frito al vapor como las patatas de marras.

Uno de los niños grita de pronto:

—Papá, papá, cómprame aquel muñeco.

—¡Muñecos! contesta el papá, no quiero más muñecos en casa, que el novio de tu hermana!

Pero me extraviado lastimosamente, y volviendo al objeto que me propuse al empezar este capítulo, te diré que estas ferias en Madrid, no son más que una exposición de cosas raras en situación de reemplazo.

Sin embargo, tienes otras ferias que acaso llamen tu atención más que las anteriores, porque hay ferias en Madrid que duran todo el año.

En prueba de ello, agárrate al faldón de mi levita, y vente conmigo al Prado y á Recoletos, que son los paseos más aristocráticos de la capital de España.

Mira, mira á doña Zoa y sus dos hijas: ¡válgame Dios y qué monadas tan monas van haciendo las condenadas!

Contempla á D. Juan y á su señora, ¡qué elegantes!

¡Y de dónde diablos sacarán ese lujo? Porque él no tiene oficio ni beneficio, ni rentas, ni siquiera un céntimo.

¡Pst! ¡Vaya V. á saber!

Repara con qué afabilidad saluda D. Juan á aquel caballero que se aproxima hacia él.

Es un íntimo amigo de su señora: la conoció antes de casarse y la mira como á cosa suya: frecuenta mucho la casa, y hace compañía á aquella mientras el marido va al casino á darle tres golpes á un duro. Según la gente dice, este caballero es muy rico.

Esa que cruza al *anverso* lado, con aire de reina, es Lolita.

Tiene un cuarto muy bien amueblado y gasta coche. ¿Porqué? Por eso.

En los teatros, en los cafés, en las reuniones, en los círculos políticos, en todas partes, en fin, tendrás mil ocasiones de ver cosas como las anteriores, ó parecidas.

Y hé aquí por qué te he dicho que hay ferias en Madrid que duran todo el año.

Como que en este gran pueblo se vende todo, querido, todo... ménos la hombra de bien. Figúrate que hay hasta Venta... ¡del Espíritu Santo!

MI DISCURSO.

Si yo fuera rey y tuviera que abrir Córtes ó cualquier otra cosa, haría el siguiente discurso:

Señores cenadores y desputados:

Estoy penetrado no sé por quién ni por qué motivo al llamarme entre vosotros, y antes de acabarme de penetrar voy a decirlos en breves palabras un discursito que me han dado ahí la puerta y que yo no entiendo ni vosotros tampoco.

Tengo una verdadera satisfacción en decirlos que estoy en relaciones del mejor género con todos los soberanos de Europa y algún americano de reserva.

Quisiera decirlos que estoy en buena armonía con el Padre Santo; pero han dado en decir por ahí que no me tira la Iglesia, y todo lo más que puedo decir á estas fechas es que soy altamente religioso, pero que no ejerzo.

He hecho un viajecillo por ahí a mitad de precio, y no me he contentado con penetrarme, sino que me he bañado; con este motivo he podido observar que el que no es bien recibido es porque no quiere. Razón tuvieron vuestros padres (que me permitiréis considerar como míos) para decir que quien pude lo gasta. En este punto mi penetración ha sido extraordinaria.

Afortunadamente para el país, y sobre todo para mí, los carlistas de las Provincias Vascongadas han depuesto las armas: no así en Cataluña, donde á pesar de Baldrich, que ha perseguido activamente las facciones y el contrabando, continúa Saballs amenazando el territorio y es hombre testarudo. Pero todo se andará si la soga no se rompe... y ya veis que poseo el castellano, lo cual ya es algo.

Los asuntos de Ultramar son graves; pero yo sigo penetrado, y habréis podido observar que mi Gobierno no ha cesado de prometer que se arreglará, y estoy dispuesto, de acuerdo con mi Gobierno, á prometer lo mismo mientras haga falta. Pensamos enviar un ejército formidable, por lo mismo que nos hemos quedado sin soldados, lo cual no me negareis que tiene gracia. Penetraos.

Os encargo que mireis cómo está la Hacienda, que no puede de estar peor, aunque me esté mal el decirlo. Pero una voluntad de hierro es invencible, y la de mi Gobierno es de *verro* tan constante y duradero que no le hay mejor en las minas que pudíramos tener si no las hubiéramos vendido todas. Mi Gobierno está en lo firme y si hoy no hay dinero, le haremos. De esto sí que estoy tan penetrado que casi no puedo hablar de ello.

Asimismo os presentarán un proyecto de arreglo con los tenedores de la Deuda, que si hasta hoy han sido de plata, en adelante, y mediante Dios, serán de palo.

El ejército lo hemos dejado reducido á su más mínima expresión, pero estamos pensando en mandar que todos los españoles sean soldados, lo cual será más barato y costará más; que es la ley constante de mis procuradores.

La ley de montes vendrá sobre el tapete. El monte ha sido siempre tolerado en estos reinos, y si hoy se multiplican estos establecimientos piadosos, en adelante espero que lleguen á su más brillante apogeo, á cuyo efecto tendré gobernadores que hagan la vista gorda.

La enseñanza será una verdad en el momento en que los maestros enseñen lo más posible á través de los agujeros de sus vestidos, y esto ha de suceder si Dios me ayuda.

En este momento me siento tan sumamente penetrado, que me falta la respiración, la pronunciación y la agricultura. Pero espero abrir pronto otras Córtes, como es mi costumbre, y en ellas prometeros, más penetrado todavía, lo que en las anteriores prometí y en estas prometo. Como testimonio de mi penetración os saludo á la manera de un general y príncipe que he tenido el honor de confeccionar, repitiendo sus mismas palabras:

ADIOS, SEÑORES.

CASI.

que siempre son las mismas) ahora hay que dárselas á medias.

En fin, dice *La Correspondencia* que ha habido media alarma en Barcelona... ¡figúrese V.!

Conozco un cesante que piensa escribir á Ruiz Zorrilla.

¡Si me hiciera V. el favor de media credencial!

Y para que todo sea medias y casi se debía poner á la puerta del Congreso de ahora: ENTRADA, UN REAL. ¡Niños y soldados, cuatro cuartos!

Se ha publicado el *Almanaque hispano-americano*.

En él, multitud de versos de casi todos los poetas contemporáneos. Descubla entre todas una poesía de Eulogio Florentino Sanz que las lectoras de *EL GARBANZO* han de apreciar en mucho, por lo cual la publicamos íntegra.

EL COLOR DE LOS OJOS.

Una niña de quince (cuando apenas frisaba yo en los veinte), cierto día del perfumado mes de las verbenas, ya del trémulo sol en la agonía, con sus pupilas de cambiante llamas y húmedas las pestanas, me decía:

«Negros tiene los ojos!... No los miro fijamente á frente jamás... y es que recelo que se me exalte el alma en un suspiro... y se sepultó la frente en su pañuelo.

La niña enamorada, con el amor ausente, y en ensueños de virgin arrullada, sus ojos entornó y hundió la frente, para ver entre las nubes de su mente, la inolvidable luz de una mirada.

Yo respeté su sueño... Parecía que el aura entre las flores, por aromar su sueño las meció; y que en la seiva umbría cantaban á su amor los ruiseñores; mientras la virgin pálida de amores, «Son tan negros sus ojos!»—repetía.

Al fin le dije: «Niña, no sabes cuál te engañas... Si tan queridos ojos, por ser *pay* tan queridos, lumbre sois de tus ojos, y afan de tus entrañas, y á su mirar tu seno responde con latidos, no al color atribuyas su irresistible encanto, ni digas: «Son tan negros! sino: «Los quiero tanto! porque, si azules fuesen los que te van al alma, supieran, cual los negros, aniquilar tu calma.... y su azul adoraras, como su negro adoras; y en penas ó alegrías de tus febres horas, ¡con miradas azules soñárias!

«Son tan negros! murmuráis.... mas no aciertas: las niñas de tu edad, sois inexpertas! con su fuego te inflamas, que no con su color.... y es que sus puertas tu pobre corazón les tiene abiertas, y que los amas tú.... porque los amas!»

Como la niña lloraba tanto, «niña,» le dije, ««niño no llores!» y con sonrisa, bañada en llanto, —«dulce,» repuso, —«sueña su canto... pero ¿qué cantan los ruiseñores? —los ruiseñores entre el follaje, cantando amores, —le respondí, —dan á las auras algún mensaje... —pero ¿qué cantan? —Qyelo —Dí.

Sobre el color de los ojos hablan contigo en su canto; que han notado tus enojos, y que están los tuyos rojos, porque los escaldá el llanto. Oye la dulce canción de mis amores que te dedican los ruiseñores!

Dije, y la niña prestó el oído, por los turbios sus ojos fijando en mí: y al repetirme con un gemido, «pero ¿qué cantan? —Canté yo así:

Corazón que en tiempos años, por unos ojos te pierdes, para entender sus amanios, no mires si son castaños, negros, azules, ó verdes, que en todos los colores por la expresión iguales, reflejan los amores; sin que distingas en sus cristales á los leales de los traidores.

Ojos que miran amando, siempre miran convenciendo; y, aunque apagarla simulan, siempre el amor salta dentro. Y no son los matices, ni los colores, lo que á los ojos hace tan bellos, sino el rayo de amores que brilla en ellos.

¡Dame tu amor... ó me mató! dicen unos ojos negros; y dicen unos azules: ¡dame tu amor... ó me muero! y aunque apagarlo simulan, siempre el amor salta dentro; y ojos que miran amando miran siempre convenciendo.

Y todos los colores por expresión iguales, reflejan los amores,

sin que distingas en sus cristales á los leales de los traidores.

Corazón que en tiempos años, por unos ojos te pierdes, para entender sus amanios, no mires si son castaños, negros, azules ó verdes.

TEATROS.

La verdad es que si el respetable público supiera el trabajo, los afanes, las inquietudes, el desasosiego, los gastos y las dificultades que cuesta levantar el telón y ofrecerle al susodicho público una obra bien escrita, bien representada, bien decorada y bien vestida, habría de ser muy benévolos.

Decimos esto porque si el éxito de la primera obra representada en Jovellanos no ha correspondido á las esperanzas de la empresa, no ha sido porque esta haya dejado de poner de su parte cuanto ha creido necesario para que dure mucha noche.

Otra, y ánimo, y el mismo buen deseo, señor ex-burlón Arderius. El éxito vendrá y puede ser que no tarde mucho.

La música de Arrieta es muy notable. A cada cual lo suyo.

En el teatro Español, una comedia del teatro antiguo bien refundida y bien ejecutada ha dejado satisfecho el numerosísimo abono que hay éste año en aquél teatro. La heroína en esta obra ha sido la señorita Boldú, á quien el público estima cada día más.

Notábase entre la concurrencia poca asistencia de hombres. Un periódico dice con este motivo:

«Literatos hablan pocos. Comó la obra no era de un autor nuevo á quien poder censurar....»

Verdad, verdad.

El nuevo teatro de los Bufos ha comenzado con buena estrella su campana. Todo se ha aplaudido. El porvenir se presenta de color de rosa.

En Variedades, Martín y Eslava, han comenzado también las representaciones con los acostumbrados llenos. Todas las empresas pueden estar contentas y nosotros más, puesto que de todas podemos hablar bien hasta ahora. ¿Sucederá lo mismo en todo el año? ¡Ojalá!

En el café Suizo oí el siguiente diálogo la otra noche:

—Hola, marqués!

—Buenas noches. ¿Ha estado V. en el Prado?

—No; vengo del *Esguilache*.

—¿Viene V. de la peluquería?

En los bastidores del teatro Español:

—¿Está lleno?

—Lleno.

—¿Ha venido el rey?

—No; el rey de España no viene casi nunca al teatro Español.

Un autor. —Ni hace falta. Vino á un estreno mío y me silbaron.

Otro. —Mejor; así le quedó á V. la duda....

DEBAJO DE LA CAMA

NOVELA ORIGINAL

(Continuación.)

CAPITULO V.

El desarrollo de un cólico.

—Concepción, dijo D. Frutos cuando estuvo ya acostado, ven y siéntate aquí. ¡Estoy muy mal!

—Pero, ¿qué tienes? —preguntó Concepción, que poco á poco sentía nacer en sí esa tranquilidad admirable que las mujeres poseen en determinadas ocasiones y que es tan poco común en los hombres.

—¿Qué he de tener? —respondió D. Frutos, entre ayes que le arrancaba el dolor, un cólico espantoso; apenas ha podido llegar á casa. Luego me habeis tenido á la puerta dos horas...

Esta exageración de D. Frutos no extrañará seguramente al lector que estará acostumbrado á decirlo. Los meridionales para esto de exagerar nos pintamos solos, y lo mismo contamos por horas los minutos que los minutos por horas.

—Aquí está el té, tómalo, dijo Concepción dándole la taza que traía la criada. Biblioteca de Comunicación

—Si, á ver si me alivia algo; estas comidas de vigilia me matan.

Gustavo se estremeció nuevamente al saber que iba á sufrir un cólico de vigilia.

—Mira, hijo mío, dijo Concepción, abrigate bien y si puedes dormir, duerme, que te convendrá mucho.

Esta zalamería la pronunció con ese tono peculiar á las mujeres que engañan á sus maridos, aunque sea inocente.

Según el discurso del rey,
CASI está asegurada la paz pública.
CASI están nivelados los presupuestos.

CASI están suprimidas las quintas.
CASI separada la Iglesia del Estado.

Pues señor, propongo que en la contestación al discurso de la corona le digan:

CASI estamos satisfechos del sistema monárquico de la revolución.

CASI tenemos seguridad en el porvenir.

CASI le queremos á V.

CASI estábamos por creer todo lo que dice ese discursito.

Cuidado que debe andar la cosa apretadilla cuando hasta las seguridades que todo gobierno da al país (y

—Dormir! Bueno estoy yo para dormir! exclamó D. Frutos. De seguro no cierra los ojos en toda la noche.

Gustavo volvió á estremecerse. Su esperanza de salir de aquél sitio se cifraba solo en el sueño de D. Frutos; mientras este no se durmiese era absolutamente imposible ni intentarlo siquiera.

Concepcion, que no podía estar quieta en un punto porque la impaciencia la devoraba, dirigía miradas furtivas debajo de la cama, y hablaba muchas veces sin saber lo que decía creyendo que D. Frutos iba á oír la respiración de Gustavo.

Pero esto era difícil, porque el joven Tenorio la contenía de tal manera que no se hubiera oido ni en el silencio más profundo.

Allí tendido en el suelo, sin variar de posición por no producir el ruido más pequeño, empezaba ya á cansarse y se fatigaba más pensando que acaso le restarían muchas horas de estar en semejante sitio.

Y allí sufrió todo el cólico de D. Frutos, que rompió al cabo, y temió una perción de veces que le descubriese aquél cuando se bajaba de la cama.

Gustavo usaba perfumes, pero á la verdad que en ninguna ocasión le hicieron tanta falta como en aquella.

Concepcion, en medio del sobresalto natural que le producía su marido cada vez que se bajaba del lecho, sentía tentación de risa al considerar el cómico tormento del gallanteador Tenorio.

Este, de pronto sufrió la más horrible de las inquietudes al notar esos síntomas precursores del estornudo.

Por más que procuraba contenerlo, no podía, y haciendo los gestos más ridículos, y tapándose las narices y la boca, solo consiguió estornudar con doble fuerza.

Felizmente, Concepcion estaba allí.

—Estás constipada! exclamó D. Frutos.

Gustavo, en medio de sus tormentos, sintió que la risa le retorza en el cuerpo.

—Sí... sí, me he constipado, dijo Concepcion, temiendo que un segundo estornudo sacase á D. Frutos del afortunado error en que estaba.

—Pues acuéstate, siquieres, le dijo su marido, yo me siento muy aliviado... y haré por no molestarte cuando tenga que bajar de la cama.

Concepcion sintió subir al rostro todo el fuego del rubor. Ella no había pensado en que llegaría el momento de tener que acostarse... y Gustavo estaba allí, y como comprenderían los lectores, Concepcion no tenía la costumbre de acostarse vestida.

—No, contestó toda turbada, no tengo sueño... es muy temprano todavía, y...

—Sí, pero estás constipada, y te vendrá sudar... No seas tonta, acuéstate, acuéstate y que te dé María una taza de té para que sudes. Yo me siento bien y pienso dormirme pronto, y si tardas en acostarte me vas á despertar luego.

Concepcion sudaba sin necesidad de tomar tisanas calientes.

Gustavo sentía un placer no comparable á ninguno por dos razones. Una que comprenderá el lector si que yo se la diga, y la otra porque en durmiéndose D. Frutos, él podría silenciosamente salir de allí, y la criada le pondría en la escalera, puerta de salvación con que soñaba como el naufragio en medio de la tormenta.

—Yo había pensado, dijo Concepcion, sin saber lo que decía, no acostarme esta noche... porque... si luego te pones peor... ya ves... yo...

—Me siento ya muy bien, repuso D. Frutos, puedes acostarte tranquila. Si yo estuviera mal, bueno que te molestases, pero sintiéndome aliviado, es una majadería. Acuéstate, acuéstate, Conchita.

Este diminutivo y el tono dulce con que fué pronunciado por D. Frutos, hicieron estremecerse á Gustavo.

El Sr. de Melonar ignoraba que hubiese un tercero en el dormitorio conyugal, y esto podía ser causa de un lance que Gustavo temía sobremanera.

Concepcion sudaba cada vez más.

D. Frutos insistió en que su mujer se acostase, y ella, temiendo que otra negativa hiciese sospechar algo á su marido, ó produjese una escena que no debía presenciar Gustavo, se decidió á apagar la luz, como si lo hiciera casualmente, y á acostarse, confiando en que Gustavo aprovecharía el primer momento oportuno de oscuridad para salir de debajo de la cama.

Iba ya á dar un soplo á la bujía que alumbraba el gabinete, cuando un fuerte campanillazo sorprendió á los dos esposos.

—Han llamado!

—¿Quién será á estas horas?

—Alguno que se ha equivocado de cuarto.

Y en efecto, era lógico pensar esto, porque habían dado ya las once, y á esta hora nunca acostumbraba nadie á visitar la casa de D. Frutos.

Pero unos sollozos entrecortados y la voz de la criada que decía, «pase usted», hicieron comprender al matrimonio que alguna persona conocida era quien á tan extraña hora llegaba.

—¿Quién es? preguntó Concepcion.

—Doña Felisa!

—Felisa! exclamaron á un tiempo los dos esposos.

Y también Gustavo, debajo de la cama, exclamó para sus adentros:

—Felisa! ¡Qué lio!

(Se continuará.)

A un señor de Ratero
le van hacer marqués del Saladero:
John Fabio! no te asombres,
¡á tan fiera hinchacon llegan los hombres!

Leia una elevada persona ciertas cartas ya famosas que ha publicado *El Diario Español*, cuando se presentó de repente otra persona también elevada y le dijo:

Mira que pavo
mira que pavo,
pavoroso porvenir
veo surgir.

En esto las dos truchas en seco (1) se presentan cantando.

Que me dé de comer
que me dé de almorzar.

Y un ministro de Hacienda que les miraba á todos exclamaba como la patrona aquella: ¡Les tendré que guisar la cotorra!

—¿Qué es tú papá, querido Severino?
—Conservador, y socio del casino.

Las mujeres andan desatendidas estos días.
Se arañan, se degüellan, se disparan tiros de carabina,
según leo en varios periódicos.

—¿Quién es él?
Consté que lo pregunto sin segunda intención.

—D. Manuel.

—¿Qué hay?
—Cree V. que este Congreso hará algo?
—Y si no hace nada lo mismo da. ¿Hay algún artículo de la Constitución que mande trabajar?

Recomendamos al público la graciosa colección de novelas que con el título de *Picaro Mundo* está publicando el inteligente editor D. Perezagua. Hay para divertirse un rato. La suscripción es baratísima.

RECUERDOS DE CARNAVAL.

A un marido bondadoso
decíale su mujer:
—De qué te vistes?

—De oso.
—Pues te van á conocer.

Un ladrón va al patíbulo.
En la carrera se detiene y bebe un vaso de vino.

—No tengo sueldo, le dice al tabernero, pero pagaré á la vuelta.

Y á otro á quien iban á ajusticiar le dijo el cura.—

Hijo mío, píde lo que quieras. Se te dará cuanto desees.

—Padre, que me den la gran cruz de Carlos III.

Me asombra Manolo
cuando hace mercedes,
y se pinta solo
con perdón de ustedes.
En sus nombramientos
siempre andan reñidos
los gobernadores
con los apellidos.

Buscados de encargo
no los hay más raros:
parece mentira
que cuesten tan caros.

Observad, señores,
si es que sois curiosos,
qué gobernadores
tan estrepitosos.

Gobierna en la corte
ó al menos lo trata
un radicalazo
que se llama Mata,
y en Santander tienen
y no les irrita
un hombre de Estado
que se llama Pita.

—¿Qué país es este?
—Dígame cualquiera
si esto es matadura
ó si es pitadera!

Dicese que *Perico el Ciego* piensa solicitar una plaza de cantor de la Real capilla.

Ya ha llegado á Madrid la mayor parte de los diputados y senadores de la mayoría.

Han empezado á enearecer las patatas y los melones.

Entre los proyectos de ley que el Gobierno presentará á las Cortes, háblase de uno para cambiar radicalmente los nombres de algunas poblaciones.

Rivadeo se llamará en adelante *Rivadodo*.

Miranda se convertirá en *Tereo*.

Y en lugar de *Loeches* se dirá *Locheusted*.

—¿Qué se quejan luego los contribuyentes de que el Gobierno no hace nada por ellos!

Tenemos quejas del servicio de servicio de San Roque, Torquemada, Alfaro, Medina Sidonia, Ubeda, Cazorla, Algeciras y algunas otras no tan importantes que omitimos por no cansar la atención de nuestros lectores.

Lo que no podemos callar es lo que pasa con nuestro corresponsal de Almadén. La mayor parte de los paquetes que se le envían no llegan á su poder.

CHARADAS

1.º

Es mi prima un fantasma, duende ó trasgo,
mi segunda perdióla D. Manuel,
mi tercera se bebe con azúcar,
y mi todo.... estoy sobre él!

2.º

Es mi primera una letra,
mi segunda una apelación,
tercera consonante y caldo,
y en segunda y tercera chiflora.

3.º

Mi primera letra griega,
mi segunda musical,
y mi todo en baterías
al mundo revolverá.

(La solución en el número próximo.)

Solución á las charadas del número anterior.

1.º Zapateta.—2.º Cala.—3.º Batán.

Fueron acertadas por D. Luis de Boruca (mándelas usted á tiempo y suscribese); D. F. F. Esparraguire; D. E. Lafuente; D. Amor Lopez; D. César L. de Letona; D. Manuel de la Peña; D. G. Muñoz; D. P. Mateo; Doña Luisa R. R.; D. Enrique R. Richoní; D. M. P. Quer; D. E. F. y Campano.

GEROGLÍFICO.

LOS.

C

IX ne Cario. (TAN)SU N

2 ta
toPORto 2 TA a b I

2-S

(La solución en el número próximo.)

Solución al geroglífico del número anterior.

Al ver en la famosa
lanura del mar
as aves marinas
en rumbo hacia acá,
suspiro amoroso
te quiero enviar.

(Marina.)

MADRID: 1872.

Imprenta á cargo de J. E. Morete, Aguardiente, 6.